



El Padre Máximo Ruiz de Gaona al final de su vida

PRESENTACIÓN

No sé si es muy adecuado que este homenaje sea presentado por alguien que no conoció en vida al homenajeado habiendo todavía muchas personas que sí tuvieron esa suerte, pero he de esgrimir en mi favor que quien escribe estas líneas se siente profundamente atraído por la vida y obra del Padre Máximo Ruiz de Gaona, ilustre naturalista y paleontólogo a quien va dirigido este número extraordinario del *Suplemento de Ciencias* de la Revista *Príncipe de Viana*, ahora que van a cumplirse veinticinco años de su fallecimiento.

Mis primeros contactos con la Paleontología, la ciencia que estudia los fósiles, tuvieron lugar precisamente cuando el padre Máximo, acosado ya por las enfermedades, vivía los últimos años de su existencia. Un día siendo niño, un amigo de mis hermanos me regaló varias conchas petrificadas de Ardanaz de Egüés, lugar tantas veces visitado por el Padre Máximo. Creo que allí me entró el gusanillo y pronto comencé a ir a Ardanaz a la búsqueda de más fósiles. Aquellas excursiones en bicicleta por la solitaria carretera del Valle de Aranguren y la emoción de los primeros hallazgos constituyen sin duda uno de los recuerdos más intensos de mi vida.

Años más tarde, terminando los estudios de licenciatura, decidí realizar una tesina sobre aquellas faunas fósiles y es entonces cuando topé por primera vez con la obra científica de Ruiz de Gaona. Se trataba del trabajo titulado “El Bartoniense de la Cuenca de Pamplona”, un clásico sobre la geología local. Cuando más adelante comencé a dedicarme -y todavía no sé por qué- a la Paleontología de Vertebrados, volví a toparme con otro trabajo firmado por el Padre Máximo, “El yacimiento de mamíferos fósiles de las Yeseras de Monteagudo”, en donde se describía el que hasta hace poco ha sido el único yacimiento de vertebrados fósiles cenozoicos conocido en toda Navarra y uno de los pocos de su clase en toda la Depresión del Ebro.

El hecho de comentar estos aspectos de mi vida -y pido excusas por ello-

no ha tenido por objeto sino ilustrar de alguna manera cómo los trabajos de Ruiz de Gaona vienen a constituir una referencia obligada para quienes estudian temas relacionados con la Geología y la Paleontología del Pirineo y zonas colindantes.

Máximo Ruiz de Gaona Leorza nació en la población navarra de Espronceda el 20 de octubre de 1902 y murió en Pamplona el 17 de noviembre de 1971. Ingresó como escolapio en 1918 y se ordenó sacerdote en Barbastro (Huesca) en 1925. Su amistad con Federico Gómez-Llueca y otros ilustres geólogos de la época propició su dedicación a la Paleontología, en especial al estudio de los Nummulítidos y otros microfósiles. Ejemplo de vocación, capacidad y tesón, pudo compaginar una apretada labor docente con la investigación, siendo capaz además de obtener la Licenciatura en Ciencias Naturales, viajando a Madrid para examinarse, en tan sólo dos años. Su labor investigadora dio como fruto más de una treintena de publicaciones entre artículos a revistas (al menos dos de ellos en *Príncipe de Viana*), comunicaciones a congresos y memorias de hojas geológicas.

Ruiz de Gaona colaboró con numerosos paleontólogos y geólogos del momento (Bataller, Colom, Crusafont, van Straelen, Villalta, etc.) y formó parte de un entusiasta grupo de geólogos y naturalistas vascos (Mendizabal, Gómez de Larena, Laborde, Elósegui, etc.) que impulsó notablemente los estudios sobre Prehistoria, Geología y Paleontología de nuestra tierra en los difíciles años de la postguerra. Al finalizar la guerra civil en los trabajos sobre Geología que se publican en el Estado Español el primer nombre nuevo que aparece en ellas es el del P. Máximo, figura emblemática en el inicio de una nueva etapa en el estudio de la Geología peninsular.

Como ya hemos indicado, sus trabajos sobre el Paleógeno pirenaico y Vasco-Cantábrico son referencia obligada para los estudiosos de estas áreas y algunas de sus publicaciones adquieren además una especial relevancia, pues constituyen testimonios únicos de lugares desgraciadamente ya desaparecidos, como los excepcionales yacimientos navarros de Monte Orobe y Koskobilo. Ruiz de Gaona creó alrededor de una docena de nuevas especies. Otras varias le han sido dedicadas; una de ellas en este volumen. Perteneció a varias instituciones (entre otras a la *Institución Príncipe de Viana*, en una sección de Geología y Paleontología), impulsó la creación de otras, como la Sociedad de Ciencias Aranzadi de San Sebastián, y colaboró con diversos museos locales y estatales.

Puede afirmarse sin dudas que Ruiz de Gaona ha sido uno de los naturalistas más importantes de Navarra y de toda Vasconia. Las reseñas biográficas de Meléndez Amor (Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural, nº 69, 1971) y Calzada (Diccionario de Escolapios Ilustres, 1971) resumen un vida intensa de dedicación a los demás y a la Ciencia.

Bien conocido en el ámbito científico, Ruiz de Gaona, persona de labor callada y gran modestia, no lo es tanto entre sus conciudadanos. Quizás más de un alumno y compañero no hayan sido conscientes de la talla humana y científica del ilustre escolapio. Estas son algunas de las razones que nos han llevado a acometer la obra que ahora presentamos, humilde homenaje a su persona, que pretende acercar a la gente la figura de este gran naturalista. En ella hemos reunido varios artículos que muestran la personalidad del Padre Máximo, tanto en el plano humano como en el profesional, incluyendo asimismo otros textos muy novedosos que inciden en aspectos geológicos y

paleontológicos relacionados con los temas y el área geográfica donde desarrolló su labor científica.

Quisiéramos que esta obra también pudiera constituir una pequeña contribución a la creciente sensibilización que sobre la necesidad de valorar y preservar el Patrimonio Natural existe ya en amplios sectores de nuestra Sociedad. Nos gustaría que permitiera conocer algo más la riqueza geológica y paleontológica de nuestra tierra, patrimonio único e irrepetible que encierra la larguísima historia del medio en donde vivimos y que sufre, en muchos casos por desconocimiento, continuas agresiones.

A lo largo de su vida el Padre Máximo insistió reiteradamente sobre la necesidad de la creación de museos que, como centros de exposición, salvaguarda e investigación, pudieran acercar a la gente el entorno natural. Incluso en una de sus últimas cartas escribe: “Veremos si el Señor me deja tiempo para que yo pueda dejar un museito al Colegio” (Meléndez Amor, op. cit.).

Ciertamente, contrasta de manera penosa la riqueza y variedad de la naturaleza en Navarra, e igualmente la profusión de obras divulgativas sobre la misma, con la total ausencia en la Comunidad Foral de un Museo de Ciencias Naturales o centro similar. Esperemos que el esfuerzo de todos y la imprescindible voluntad política permitan en el futuro hacer realidad este museo, tan deseado por muchos de nosotros y tan necesario para Navarra. Esta institución podría acoger entre otros materiales la magnífica colección de Ruiz de Gaona, naturalista que incluso bien merecería dar su nombre al centro.

No quisiéramos concluir esta presentación sin hacer patente nuestro más sincero agradecimiento a los autores que han participado en este homenaje. También al Dr. Pedro Aparicio, Vicerrector de Investigación de la Universidad Pública de Navarra, por el apoyo dado a nuestro proyecto cuando ostentaba el cargo de Director del Suplemento de Ciencias de la Revista *Príncipe de Viana*. Finalmente nuestro agradecimiento al Gobierno de Navarra/Nafarroako Gobernua que por medio de la *Institución Príncipe de Viana* ha hecho posible la publicación de este número. Nos gustaría dedicar estas líneas a la familia del padre Máximo, la de sangre y la escolapia, para quienes su recuerdo es siempre entrañable y permanente.

Humberto Astibia
Mendillorri (Eguesibar), Diciembre de 1995